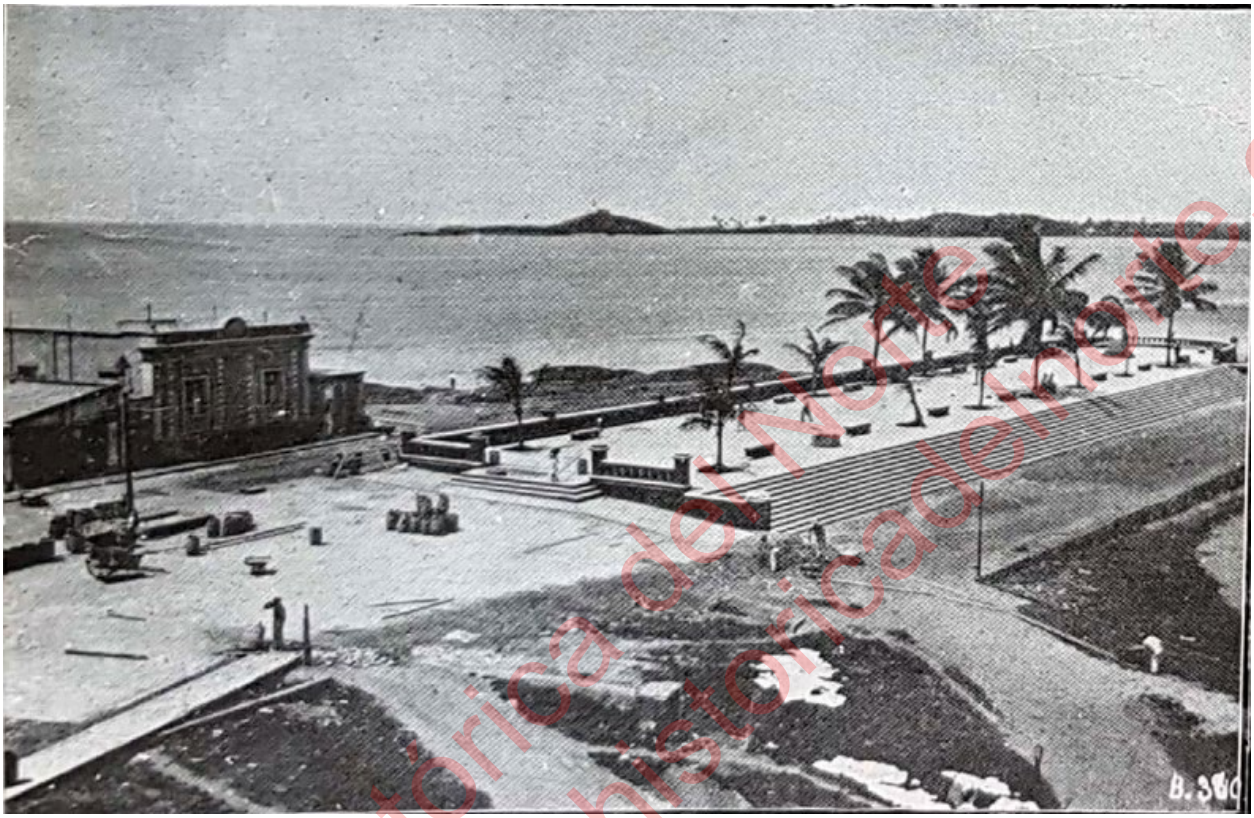
Biblioteca Histórica del Norte
https://bibliotecahistoricadelnorte.org/

El Fuerte - Una estampa hecha con palabras
Por Fernando Delgado



Paseo de las Damas - Arecibo[1]

Hace poco más de un siglo, el 27 de mayo de 1919, apareció en el diario **El Mundo,** una crónica titulada **Aspectos de mi Pueblo – El Fuerte,** conteniendo una interesante pincelada del centenario **Fortín de San Miguel, Paseo de Damas, o Paseo Víctor Rojas,** como se nombró este legendario rincón de Arecibo.

De esas tres maneras se ha designado a la estructura que los lugareños apodamos "El **Fuerte".** Según teorías recogidas en la historia de Puerto Rico, se construían estos fortines al borde de playas para facilitar el contrabando con buques piratas, Este intercambio comercial estaba prohibido por los españoles. pero era vital para suplir bienes básicos, no disponibles para nuestro pueblo. [2]

[1] "Puerto Rico Pintoresco". *Puerto Rico Ilustrado*, Vol. 1 Núm. 3 (20 de marzo de 1910): 13.
[2] Este ícono arecibeño es quizás el más importante emblema de la Villa del Capitán Correa. Sin embargo, a nuestro entender, existen notables lagunas sobre su historia. Por ejemplo: ¿Cómo, ¿cuándo y por quien se construyó? ¿Existen planos de su estructura? ¿Cómo; cuando y porqué se le cambió su nombre dos veces? ¿Cuáles fueron sus relaciones, si alguna, con las estructuras tan cercanas como "El Polvorín" y "El Guafe"? ¿Dónde exactamente ubicaba con respecto a El Fuerte, la Ermita de Nuestra Señora del Rosario, ¿la primera mencionada en nuestra historia?

Biblioteca Histórica del Norte
https://bibliotecahistoricadelnorte.org/

Así expone y da color, con atractivos ribetes, a la estructura e historia de **El Fuerte**, con atractivos ribetes, el señor **Álvaro Morales**:

"Terminando como la cola rizada de una ardilla arisca, hay en mi pueblo un Paseo donde todo rumoriza y canta, y donde hasta, para no dejar de gustar, hasta las piedras gustan. Como el histórico peñón de la costa Ibérica, presenta su cresta al mar, como en un eterno desafío, como en su tácito reto de indómita rebelde".

Es la huella de otra edad y otros gustos, de caprichos señoriales en mundanas gentilezas por estos silenciosos escondrijos, donde la humanidad... pobre humanidad suicida, vegeta miserablemente una voz de cansancio y de nostalgia mirando cada vez más lejos y brioso el potro veloz y deslumbrante del progreso.

Tiene este paseo, antiguo fortín hispano, que hoy se llama "**Víctor Rojas"**[3] y siempre se llama "**El Fuerte",** todo un pasado de coquetería y un blando romance de leyenda pastoril.

Sus muros hablan de otra edad y su posición sobre una acantilada roca de granito oscuro nos canta, arrebujada en un tenue terciopelo de rumores, todo el esplendor de su canción de fuerza y la histórica epopeya de sus triunfos evidentes. Hay en cada pilar el signo de la fuerza y en cada palmera el orgullo de una raza.

Es un sitio apacible, un lugarcito romántico y dulce como una chica del " Yoshiwara " de rodillas ante un amado indiferente, algo así como la columna quebrada de una edad remota que se pierde en la inmensidad pueril de esta edad prosaica de mi pueblo ahora.

Cada rincón y cada sitio de este paseíto de mi infancia, tiene un repliegue de recuerdos viejos, una estrofa de amor o una historia Donjuanesca. Es el sitio de la calma de mi pueblo, campana de cristal donde las brisas cantan, relicario original de remembranzas mustias.

Allí las damas descuellan por su ausencia y la gente de "copete", de brutal "copetería" le saca el cuerpo. A veces, sólo el que sabe sentir y comprender las cosas bellas, llevando en su alma un continuo retoñar de amores y un mundo de emociones y gentiles añoranzas, va allí consecuentemente, solitariamente, a apreciar la naturaleza en toda la magnitud de sus distintas formas y en toda la variedad de sus diversos tonos.

Leyendas y misterios nimbaron siempre, con el enigma de supersticiones inconcusas, este sitio de verano de mi pueblo, que se llamó una vez el "Paseo **de las Damas".** Cuentan las crónicas jocundos episodios de las creencias de la gente sencillita de mi pueblo durante aquellos años de ignorancia y sombra.

Antaño, las chicas de la villa, como sencillas aldeanas andaluzas, llenaban de tarde la glorieta de las **Damas.** Era la época en que nuestro pueblo, un montecito de casas aplastadas y feítas, como enormes hicoteas centenarias, tenía menos cuerpo, pero mucha más alma.

[3] Constatamos que ya en 1919 se había adoptado el nombre de "Paseo Víctor Rojas" pare El Fuerte.

Biblioteca Histórica del Norte
https://bibliotecahistoricadelnorte.org/

Hoy, al revés, el Paseo es delicioso, a la orilla abierta del Atlántico, y bañada su base del sur por el río Grande de mi pueblo. Una brisa franca del norte da vida e impregna de higiene aquel sitiecito de la villa... de esta villa orgullosa... de este pueblecito imbécilmente vanidoso, que va camino abajo, derechito hacia la aldea.

Ya la gente que forma la escéptica "elite", la casi ridícula aristocracia; la de mi pueblo, no va allí a gozar de las dulzuras de su ambiente y de los panoramas de la campiña, abierta siempre como en eterna exhibición floral.

Allí, da pena decirlo, sólo van los vagos a recostarse sobre sus bancos, y uno que otro viandante que se para, a veces, a descansar a la sombra de una palmera. Es algo así como la residencia de un club de marinos sin trabajo, taberna de estibadores en perenne huelga...

De tarde, en estas tardes calurosas de mil diablos, el Paseo está sólo, triste, silencioso, mudo, como todo lo que vale y como todo lo que representa una edad y una epopeya, en estos pueblos sin alma de la costa respingona del continente isleño.

Detenidamente hemos pensado sobre el barandaje coquetón de este Paseo, residuo maravilloso de otra época mejor, y recordamos los leones, que, como dos reyes de la selva, guardan impertérritos la entrada.

Son leones de mármol, estampas de leones que ya no muerden, que ya no matan, que ya no comen, que ya respetan a las gentes.

Y ... sin embargo... el Paseo siempre está sólo, siempre sólo...

Cansados de tal aislamiento, salimos del Paseo y los dos leones, los dos mansos leones de mármol en la puerta siguen durmiendo una apacible...una eterna siesta.

No conformes aún con la epilepsia interminable de las mansas fieras, acurrucadas como en defensa propia contra el frío de la noche que se acerca, golpeamos su melena en ademán de desafío, pero nada... los pobres leoncitos siguen durmiendo... durmiendo la siesta de la eternidad, como todo duerme; como todo muere en estos sitios donde hasta el alma muere también...

"Así es... ese es mi pueblo."

Biblioteca Histórica del Norte
https://bibliotecahistoricadelnorte.org/